

## Don Luis Gil Fernández. In Memoriam

El último día de septiembre nos dejaba D. Luís Gil Fernández, un helenista excepcional, un intelectual comprometido con su mundo y su tiempo, un maestro de filólogos, un humanista universal, un hombre elegante y humilde, un compañero generoso, un amigo querido. No resulta fácil vencer la emoción de su recuerdo para escribir unas líneas, irremediabilmente necrológicas en su honor.

Formado en la tradición de la Institución Libre de enseñanza, que le venía de familia -asistió de niño al Instituto-escuela, cuya pedagogía dejó en él una huella imborrable-, formó parte del grupo de helenistas, que en la difícil posguerra elevaron nuestros estudios de Filología Clásica a niveles de excelencia internacional. Tras completar su formación académica con estancias en Oxford, Múnich y París, accedió pronto a la cátedra universitaria que profesó en las Universidades de Valladolid, Salamanca y Complutense de Madrid. Su labor como maestro pervive en cuantos tuvimos la suerte de ser sus alumnos y se continua en la actividad y la obra de sus discípulos presentes en diferentes universidades e instituciones superiores de nuestro país.

Su esencial humildad lo mantuvo lejos de intrigas y disputas académicas. Aún así la calidad y amplitud de su obra, no suficientemente valorada, obtuvo el reconocimiento público; contaba con el premio nacional de Historia, el Menéndez Pelayo del C.S.I., el Nacional de traducción, además de otros reconocimientos como doctorados honoris causa por diferentes universidades.

Su ilimitada curiosidad intelectual y su pasión por la historia del humanismo español y de la presencia de España en el mundo hizo que no limitara su trabajo a la Grecia Antigua. Su obra se extiende a lo largo del tiempo abarcando la Grecia Antigua, el mundo bizantino y la Grecia moderna. Su contribución a los estudios griegos

medievales y modernos fue decisiva en la consolidación de la revista *Erytheia* como instrumento científico de prestigio internacional. Por ello resulta difícil dar cuenta, en una aproximación aún superficial, de su obra. Una obra que se ocupó naturalmente de los clásicos. Ahí están sus estudios y traducciones verdaderamente felices de Platón, de Sófocles, de Aristófanes, entre otros. Al tiempo D. Luis, como le llamábamos sus amigos y discípulos, fue produciendo una serie de estudios centrales para la comprensión de la Grecia Antigua: Los Antiguos y la Inspiración poética, Therapeia, Panorama Social del humanismo español, Transmisión mítica, etc. Sus estudios de humanismo, de los que fue pionero e iniciador, le condujeron a otros en los que fue marcando la senda de las relaciones de España y Oriente: Grecia, Persia, Georgia... Con ellos ha permitido completar también un panorama, hasta él apenas conocido, de la presencia española en Oriente.

Una obra tan amplia no puede ser comentada en estas breves líneas. Hay, sin embargo, un aspecto que creo la recorre de una manera a veces explícita y, otras, de manera subterránea. Me refiero al firme compromiso de D. Luis con su tiempo y su entorno. Compromiso marcado por los mejores rasgos éticos e intelectuales de nuestra tradición: laicismo, entendido como libertad de conciencia; liberalismo en el respeto a las opiniones ajenas e ilustración, como forma de interpretación del mundo e instrumento de progreso y civilización. No tengo que esforzarme mucho en justificar ese perfil moral e intelectual. Su obra, insuficientemente valorada, es un baluarte frente a todo dogmatismo, intransigencia y oscuridad.

Creo haberlo dicho públicamente en más de una ocasión: la obra de D. Luis puede, en cierta medida, leerse como una respuesta desde la Filología clásica a cuestiones y circunstancias contemporáneas: Su medicina popular, su Censura, sus estudios sobre la Democracia griega, su interés por la comedia griega, sus decisivas y fundantes

aportaciones a la Historia del Humanismo español, sus estudios de tradición clásica y de manifestaciones culturalmente determinadas como los sueños, su búsqueda de aspectos inéditos de nuestra historia y cultura por los más lejanos rincones del Mediterráneo, han ido jalonando su producción científica como otros tantos hitos de nuestra vida colectiva. Y sus traducciones nos han vertido de forma magistral obras decisivas del pensamiento y del arte griegos. Una obra muy extensa, con la profunda unidad subyacente de una búsqueda constante de nuestra humanidad, individual y colectiva, universal y española a través de manifestaciones que van desde la antigüedad grecorromana hasta nuestros días.

Me consuela la comprobación de su energía vital e intelectual hasta sus últimos días. Hace apenas dos años tuvo la amabilidad de dedicarme la que, creo, fue su última obra: la biografía de Antonio Sherley. De pirata inglés a repúblico español. Todavía hace unos meses me hablaba de una cosmografía holandesa en la que, a su parecer, se reconocía la contribución española a la civilización occidental; de ello no tuve, por desgracia, más datos.

Privados ya del fructífero magisterio de D. Luís, de su elegancia personal, de la amenidad y humor de su compañía nos queda el consuelo de releer su obra, de decir con Agatías

ὄλβιοι ὧν μνήμη πινυτῶν ἐνὶ τεύχεσι βίβλων

ἀλλ' οὐκ ἐς κενεὰς εἰκόνας ἐνδιάει

Antonio Melero Bellido

Universidad de Valencia